Los orígenes de…

MEMORIAS AHOGADAS de Jairo Marcos y Mª Ángeles Fernández

La memoria de los paisajes

La memoria nos dice que existimos, existencia, la nuestra, que adquiere sentido desde el paisaje. Ese es el gran aprendizaje, tal vez por inesperado, que nos deja *Memorias ahogadas* (Pepitas, 2024), libro de no-ficción que dibuja paisajes allí donde antes había silencios o, mejor dicho, silenciamientos.

Iniciamos esta aventura hace más de un lustro. Lo hicimos preguntándonos qué se esconde bajo los grandes embalses en España, una interrogante que habíamos documentado previamente en otras latitudes, principalmente de América Latina. Y resulta que donde vimos (neo)colonialismo, (neo)extractivismo y violencia, donde supimos de la fuerza de la dominación y de la sinrazón del hormigón como forma de avance, allí donde también observamos resistencias, dignidad y luchas, nos encontramos… con más lo mismo o al menos un algo muy parecido, solo que mucho más cerca, en casa. Puro bofetón de realidad a quienes por miopía aún no habían mirado a su alrededor, tal vez cegados por la creencia de que las grandes historias siempre quedan lejos.

Memorias ahogadas claro que habla de embalses, de esa España convertida en un Estado hidráulico, de los *taitantos* intereses cruzados entre los mandamases privados y públicos; pero sobre todo habla de bichos raros, de una arqueóloga con mala leche, de las *Distintas formas de mirar el agua* (Julio Llamazares siempre presente), de las locuras de la Guerra Civil y de unos ríos que, por cierto, se nos están acabando. Tal vez, solo tal vez, la diferencia comience ahí, en el abismo que separa lo que fueron los ríos y lo que son los embalses.

Los ríos son cobijo y abrigo. Hospitalidad. Conversación. Cada vez menos. Algunos fluyen libres. Todavía. Escucha a uno de esos ríos libres. Corre, salta. También cala y empapa. Barre y absorbe. Deforma y erosiona. Silba, salpica y sonsaca. Atrapa. Recuerda y memoriza. Ahoga y resurge. Navega, cría, desova. Porque aún quedan ríos limpios. Ríos perfectos para un baño natural, río salvajes, irregulares, ríos con libélulas y ranas. (p. 315)

Un día cualquiera, a una hora sin más de marzo, doce grados al sol, en una mañana serena y fresca a la orilla de unas aguas quietas, apenas un par de pacientes pescadores observan callados el lento claudicar de las cañas; un imperceptible hilo de nailon las vincula con la superficie sin movimiento [del embalse extremeño de Alcántara], al otro extremo un pequeño cebo y la nada durante minutos, pueden ser horas, tal vez nunca suceda otra cosa que la calma, el silencio de una escena suspendida en el tiempo y el espacio. (p. 299)

Los datos pasan a un segundo plano, no hay objetividad posible, no existe la solución definitiva a nada, cada página abre un aprendizaje paisajístico. *Memorias ahogadas* va directamente al corazón de las personas desplazadas por la construcción de esos enormes muros y las escucha con atención. Apenas eso. Y entre los márgenes quedan los paseos de Julián de Utrero a Rucayo, el amor de Amparo contra cualesquiera circunstancias –que además no fueron pocas en pleno franquismo–, el que pudo haber sido el peor grupo de música de la historia, y las batallas todavía vigentes de los Buisán y los Garcés, y el desayuno "a lo segador" de Isidoro con un trago de vino, y los restos arqueológicos que destapa Antonio. La sensatez de Mª Jesús, invidente, cronista oficial de la villa de Sacedón.

De minuciosa analista de biblioteca a recolectora de palabras y testimonios orales, una oralidad silenciada bajo una capa de olvido y dejadez que Mª Jesús lustra día a día, ni un triste cartel anuncia el desvío a mano izquierda hasta La Isabela, el paraje que una vez soñó con ser el Versalles de la Alcarria, ahora Mª Jesús recopila los curas y sacerdotes que han pasado por Sacedón, un municipio de agricultura al que prometieron un mar, al mar de Castilla, pero en esa Castilla te asomas por la ventana y no escuchas el rugido de las olas aunque el manto azul está a escasos metros, metros y metros de agua embalsada de un mar que no suena, el sonido ausente de un mar sin olas, olas ninguna, y cada vez al mar de Castilla le falta más agua, el agua de Buendía y Entrepeñas se la llevan entubada a la huerta murciana, Murcia queda muy lejos y Sacedón cada vez está más solo, solo y seco, las orillas de Entrepeñas y Buendía emergen peladas, "Tajo-Segura: ni una gota más", cuelga del balcón de la casa consistorial, y Mª Jesús continúa con su carrerilla. (p. 304)

El Estado español es el primero de Europa y el quinto del mundo en número de grandes embalses por kilómetro cuadrado. Y eso en términos absolutos, independientemente del tamaño de los países comparados. Unas cuentas que tal vez importen poco más allá de las estadísticas, pero es que así hemos llegado a ser lo que somos, España, un país cosido con territorios en carne viva, al menos quinientos núcleos de población ahogados, un país sostenido por las miles de personas sacrificadas, unas 150.000 personas desplazadas de forma directa e indirecta por esa forma de gris progreso. Por cierto, un Estado hidráulico contado hasta ahora desde la perspectiva del desarrollo, aunque nunca dijeron desarrollo para quién ni a costa de quiénes.

Y por eso allí donde solo había regadíos (o al menos sus promesas), crecimiento y beneficios, esta obra entresaca dolor y humillaciones, pero también dignidad, sonrisas y rebeldía. Porque quienes tienen su pueblo bajo el agua, la infancia sumergida y las raíces roídas por la carcoma ya no creen en este desarrollo. Porque *Memorias ahogadas* es eso que se escucha cuando no se oye nada bajo el embalse, cuando de repente miras la lámina azul y ves lo que nunca no te habían contado. Un viaje que vuelve donde estábamos, para sentir lo que no habíamos sentido. Y no se trata de un alegato contra los embalses. En sus capítulos tampoco asoman malos sin matices; de hecho, no hay

malos ni buenos a secas. Eso sí, la obra se sitúa muros adentro, con las personas desplazadas por la construcción de esos grandes embalses, y claro que no es lo mismo sufrir un gran embalse que disfrutar de sus beneficios desde fuera.

Dentro estuvieron y están personas como Carmina, que colecciona macetas en la parte trasera de su casa de Cascón de la Nava para sentirse un poquito más cerca de su Burón natal. Macetas que resumen la nostalgia de unas montañas leonesas imposibles en la planicie palentina. Carmina, Isidoro, Julián, Roberto, Julio, Vicente, Amparo, Audelino, Elena, Jesús, Mayte, Alberto, Esther, Paco, Moisés, Tomás, Antonio, Eva, Josefina, Inma, Justina, Elías, Moisés, Pili, Roberto, Vicenta, Rafa, Benigna, Lupi, Nino, Gaude, María Victoria, Miguel, Eduardo, Consuelo, Diana, Eva, Rocío, Verónica, Mª Jesús, Paqui, Filo, Mari Paz, Hugo… Personas que sienten que no son nada ("¿Y qué os voy a contar yo?"), que no importan a nadie ("No sé si os servirá de algo"), que existen por obligación ("No hay más, no hay otra"). Hay libros que no son de quienes los escribe, sino de quien los sufre, libros que sencillamente escuchan, concienzudos cronistas literarios, hasta abrir senderos en las memorias. Es el caso.

La tarde cae un día más y otro, con melancolía y redonda lentitud, sobre la plaza de Rosalejo. La conversación la sostienen tres viejos sentados en los cuatro bancos enfrentados a la sombra de un sauce llorón. La sumergida Talaverilla o Talavera la Vieja sobrevuela cada frase. Hay cientos, miles de personas, que son heroínas sin saber que lo son. Allí donde la Historia con mayúsculas sentencia, sus memorias abren los surcos que parecían haber prescrito. Desarrollo. Crecimiento. Los paisajes y la memoria. Parecían haber prescrito. O nos hicieron creer que habían prescrito.
En estos tiempos en que todo parece inventado, *Memorias ahogadas* sencillamente va a los rincones por donde tantas veces se ha pasado, escucha a las que todavía quedan, a las que marcharon, a las que volvieron, observa y piensa y recuerda y cuenta y demuestra que la memoria… la memoria.

La memoria combate el olvido. Alienta la reconstrucción. Es una herramienta pedagógica y de duelo. De sanación. La memoria es afectiva y abierta, brota desde los detalles, parcialidades que conforman la identidad, lo que somos. La memoria es una responsabilidad colectiva, puentes levantados hacia la catarsis social. (p. 331)

Memorias ahogadas no es una producción literaria aislada, sino comprometida con el mundo que la rodea, crítica con esa política hidráulica que se remonta a inicios del siglo XX y que, por lo tanto, ha atravesado una república, una *dictablanda* y una dictadura, también la democracia. Los silencios que la componen no son simple ausencia de palabra, el relato está en el fondo de cada uno de esos silencios como un paisaje que enseña sin dar lecciones. Silencios que se oyen, que se sienten. Paisajes vistos, paisajes escuchados (¿a qué suena un río libre?, ¿y las aguas quietas de un embalse?), paisajes tocados y olfateados, paisajes degustados (¿a qué sabe uno de esos monstruos con bigote que habitan las aguas apresadas?).

Cuando iniciamos la investigación quisimos hablar de grandes embalses. Tal vez por eso, cuando lo hemos terminado y ahora que estamos en la fase de compartir el resultado, nos hemos dado cuenta de que realmente hablamos de paisajes y de memoria. Paisajes de Castilla, de Extremadura, de León, paisajes humanos como el de Justina, estrecha de hombros y la mirada profunda, paisajes libres como el río Ara y paisajes de colonización como Guma. Paisajes.

Los días en Guma no tienen dobleces, lo que es es, y lo que no es pues no es, quizá por eso este lugar se escurre entre los dedos de la Historia en mayúsculas que cuentan los libros, quizá por eso el patriotismo aquí se conjuga con los pies. (p. 159)

Los paisajes son lo que sostienen un país. Dicho de otra forma, los paisajes son lo que queda del territorio cuando sus habitantes dejan de mirarse el ombligo, las arrugas y las cicatrices de un Estado, el pensamiento aterrizado de su historia. Por eso *Memorias ahogadas* traza paisajes que miran al pasado, no con la nostalgia de que cualquier pretérito fue mejor, sino con la osadía de imaginar presentes alternativos con los que tejer el porvenir. Los grandes embalses, aguas apresadas de tonalidades verdosas y sirulos, nos dicen quiénes somos pero, sobre todo, en qué queremos convertirnos. Y entonces el turismo masivo. Y entonces otro *selfie* con un embalse de fondo. Por cierto, y hablando de paisajes, ¿acaso un gran embalse sin memoria es bonito?

Memorias ahogadas Jairo Marcos , M.ª Ángeles Fernández Pepitas ed. 2024 Logroño, diciembre 2024. ISBN 978-84-18998-67-6; 368 págs., 17x24 cms. https://www.pepitas.net/libro/memorias-ahogadas

Jairo Marcos (Burgos, 1983). Sus campos de trabajo son la precariedad, la filosofía y el periodismo. «Hacedor de preguntas» *freelance* en el ámbito de esos tres horizontes vitales, colabora con diferentes medios y organizaciones, tanto españoles como extranjeros, periodísticos y académicos. Sus historias se han publicado en más de una veintena de países. Es autor y coautor de varios libros.

M.ª Ángeles Fernández (1983) es periodista extremeña *freelance* y coordinadora de la revista *Pikara Magazine*, en la que trabaja desde 2016. Lleva veinte años escribiendo en diversos medios de comunicación, tanto generalistas como especializados. Sus líneas de trabajo principales, además del agua, son los extractivismos y la defensa del territorio.

Sus textos están disponibles en www.desplazados.org